

**"SEÑOR QUE GRANDE ES TU NOMBRE Y TUS DESIGNIOS"
(IS. 25,1)**

***Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú,
para el 28º domingo durante el año
(12 de octubre de 2008)***

En este domingo la liturgia nos presente la salvación en forma de un festín que se da a los hombres, una fiesta grande y maravillosa a donde todos los hombres somos llamados, por el amor de Dios, que no excluye a ninguno. Este festín está unido a la destrucción del dolor y de la muerte, pero se oculta a través de los siglos, y se manifestará con la venida del Mesías, donde el Señor enjugará las lágrimas de todos los hombres.

Pareciera que la destrucción del dolor y de la muerte será en los tiempos futuros más allá de esta vida. Pero el Profeta relata la salvación en los tiempos mesiánicos; es en ese tiempo donde se cumplirán las promesas de la salvación y todos los hombres estamos destinados a ella (Is.25.6-8) Pero ciertamente, más allá de esta vida, encontrada la salvación en el Mesías, en él, después del dolor y de la muerte "ya no habrán más lágrimas ni dolor y no habrá más muerte"(Ap.21,4) y veremos a Dios tal cual es, frente a frente, y realizadas todas nuestras expectativas de salvación, viviremos en el gozo y en la paz de Dios.-

El evangelio del día, (Mt.22.1-14), nos muestra la salvación bajo el aspecto nupcial, Dios, el Señor nos invita a participar de las bodas de su hijo. La parábola toma el aspecto humano en donde el rey, que es Dios, nos invita a las bodas de su hijo, que es el Mesías, y estas bodas, se celebran como es habitual, con un banquete, y este banquete es la salvación que nos trae el Hijo de Dios hecho hombre. Los siervos enviados a invitar a las gentes, son los profetas y los apóstoles, los invitados que se niegan a venir al banquete son el pueblo judío y todos los que se niegan a responder al llamado del Señor.

El evangelista continúa la temática del domingo precedente, en la parábola de los viñadores, en donde se les exige el fruto de la vid; aquí nada se exige todo se da, es el amor y la bondad de Dios que se ofrece. Aquí vemos como los invitados rechazan el amor de Dios. Es lo que vemos habitualmente, el hombre convencido de que no necesita para nada el amor de Dios, que incluso lo niega, porque no lo ve. Son reales las ganancias y las pérdidas en este mundo, y el hombre tiene que luchar por las ganancias terrenas, atado a esta vida, rechaza la vida de Dios. No obstante Dios, el rey insiste, y manda a llamar a todos nuevamente y se llena la sala de fiestas, que es la Iglesia, abierta a todos los hombres de la tierra, allí están buenos y malos, puros y pecadores (Ib.10)

Pero, debemos fijar la atención en lo que nos enseña la parábola, el estar invitado y haber entrado a la boda, no significa que ya tengamos la salvación definitiva, hay uno que no lleva el traje adecuado, y este es arrojado a las tinieblas. El Señor nos hace ver siempre que el grano de trigo crece con la cizaña, hay buenos y malos, en el seno de la Iglesia. Esto nos hace pensar que viviendo en el seno de la Iglesia, podemos vivir interiormente sin las disposiciones debidas necesarias para la salvación. Y ¿cuales son las disposiciones internas?: vivir en fe, caridad y gracia. Cuando profesando la fe en Jesucristo nuestras obras no nos

hablan de él, cerrándose en nosotros mismos y en nuestra mundanidad; cuando la caridad está ausente, y ellas no expresan el amor que edifica y transforma todo y a todos.

Es muy común decir que profesamos y servimos a Cristo, pero en el fondo del corazón, nos servimos a nosotros mismos y si no hay conversión, su pertenencia a la Iglesia no le servirá de salvación sino de condena. Es aquí donde entendemos la frase con la que cierra el evangelista la parábola del Señor "porque muchos son los llamados pero pocos son los elegidos" (Ib.14), para ser elegidos es necesario profesar los mandamientos del Señor, que se reducen a uno "amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma y al prójimo. Y de esta forma profesando nuestra fe en Jesucristo y haciendo que nuestras obras hablen de él, no solamente nos hemos ganado un lugar en la fiesta, sino que hemos vestido por la gracia y nuestra constancia, un traje adecuado y un lugar en las bodas eternas.-

Pidamos a María Santísima, que interceda por nosotros ante el Señor para que ganemos un lugar en el Cielo. Amén

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú